

RECOPIACION DE CUENTOS EN RELACION CON LO SOBRENATURAL EN PAMPAS-LA FLORIDA

Jorge Osterling

Estos cuentos son la base de los análisis que en este mismo número de Anthropologica hace Isabelle Lausent.

CUENTO N° 1

EL PASAGE DE UN LLAMERO

Cuentan que una vez viajaron dos llameros de Huayllay (Pasco) hacia el pueblo de Pampas con la consigna de hacer un intercambio de ollas, frazadas y mantas con maíz.

Llegaron a Pampas, hicieron el intercambio y entonces el día siguiente comenzaron a hacer sus cobranzas. En eso se encontraron con una junta de varios ciudadanos que estaban elaborando tejas.

Pasó los días en que los tejeros comenzaron a pilar para hacer la quemada. En eso le invitaron unos tragos hasta que se emborracharon y se olvidaron de ir a juntar las llamas.

Al día siguiente a eso de las tres de la mañana, se dieron cuenta que ninguno de los dos había ido a traer la llama que estaba comiendo en el campo. Se fueron donde habían dejado sus animales y se dio la sorpresa de no encontrar nada. Se dieron la vuelta siguiendo las huellas del rastro. Este llegó a la población y pasaba con dirección a Huayllay. Las llamas fueron perseguidas por el león.

El dueño siguió los rastros de sus animales. Llegando al lugar de Yarmatay (cerca de Pampas), encontró muerto a un animal.

En eso siguió buscando el número que le faltaba. Subiendo hacia las faldas encontró uno y otros muertos hasta llegar

a Huarac-Pucro, encontró la diferencia de ocho vivos de veintiocho que tenía. De su amigo sólo cinco estaban muertos y tenía catorce vivos.

Al verse sin animales, el hombre que se llamaba Eusebio Morales, se quedó a trabajar en una señora viuda, Resiona Rojas, poseedora de bastante ganado vacuno. Y mandó a su amigo con el resto de sus animales con su respectiva carga para consumo de sus hijos quedándose en Pampas como peón.

El tiempo pasaba. Se hizo esposo de la patrona. Al comienzo de su vida fue una gloria y a las finales le vio indiferencia por una sencilla razón de que ella llegó a tener un hijo suyo. Él como no era de aquí, no tenía nada y había perdido a todos sus llamas.

Como la señora tenía bastantes vacas, desde que entró a trabajar lo hizo conocer todos los animales. Con el transcurso de los años el hombre fue conocido de todos los animales. Eusebio iba a controlar cada quince días a los animales.

Un buen día se fue a buscar al ganado y en eso tenía por costumbre de cargar su fiambre como son papitas asadas, canchita y queso.

Al no encontrar el queso en la talega, Eusebio echó la mano más adentro y al ver que no encontraba nada y pensó que al fondo de la talega estaba el queso, pero sus ideas fue en vano. Para mejor de su vista, vació toda la talega encontrando al fondo la cáscara de la papa pelada que se usa para la sopa.

Al ver estas cosas el hombre se puso a llorar como un niño. De tanto llorar se quedó dormido y se despierta con una sed insoportable y se dirige hacia la quebrada de Palcamayo para beber el agua.

Antes de llegar a Palcamayo, dicho Morales andaba reparando los animales y ve a una señorita delante de una peña lavando en una tina bien iluminosa. Con la impresión de ver a la señorita se olvidó de tomar el agua. Se pasó y le preguntó a la señorita:

“Señorita, buenas tardes”

La señorita le contestó también “buenas tardes”.

La señorita más amable le preguntó qué es lo que buscaba y Morales le contesta: "estoy buscando a mis animales que viven aquí en el campo". Y le dio los datos detallados de varios colores de animales.

La señorita le contestó que sí, que más tarde llegarían a ese lugar a tomar agua. Ella sabedora de todo lo que había ocurrido le dice: "amigo, si quieres tomar un poco de café". El hombre franco le dice que sí. El pensó que el hato de ella estaba cerca de ahí.

La señora se paró y empujó una parte de la peña y la peña se abrió como si fuera una casa.

Cuando ella penetró hacia el interior, se acercó Morales a ver lo que ocurría adentro. A él le agarró un poco de miedo al ver las paredes todas de oro y plata. La señorita le dice que no tenga miedo porque aquí está bastante gente. Entró en ella y justo que era que había bastante gente. Como todos eran cristianos, él no sospechó nada y le sirvió un poco de comida calentada, café y panes. Entonces le dice "seguro que ya llegó tus animales uno que otro".

Salieron afuera y se da la sorpresa que justo estaba llegando como cuatro animales suyos y la señorita le dice: "Ya ves que yo no te hablaba mentira.

Y se regresaron de nuevo para adentro. Mientras conversaban, estaban preparando los alimentos, y salió Morales afuera y se dio con la sorpresa que se había ocultado el sol. La señorita le dice que se quede que mañana temprano llegan los restos de los animales.

Llegó el momento en que iban a dormir y la chica le dice que vamos a dormir juntos. El viejo se puso a manosearla a la señorita y la chica le contesta que haga lo que él quiera con ella. Morales se fue como si fuera su señora. Ella era toda fría. Pasó la noche tranquila y al amanecer le dice la señorita a Morales que había encontrado una fortuna. No era ella lo que pensaba una mujer sino un encanto. Y le preguntó a Morales: "Cómo quieres llevar, en carbón o en ceniza"?

El viejo le contesta: "en carbón". Y la chica le dice: "Qué bien, haz sabido pensar" porque si pedía en cenizas se le iba a convertir en piedras.

Como el había pedido en carbón le dio en carbón, pero antes que partiera lo hizo una reflexión. "Que había encontrado una fortuna hermosa y que en adelante su mujer no le iba hacer llorar, y que al dormir con su señora no iba a dormir como antes sino espalda con espalda.

Se vino cargado de su carbón. Al llegar al pueblo sintió peso, al abrir su manta era plata.

En el segundo viaje que hizo, la señorita le dijo que mandara hacer todas las joyas de los Santos y Santas. El mandó hacer.

Le regaló una llamita con varios paquetes de agujas para su alimento. La llamita comía agujas y defecaba cuartillos de plata.

Al ver que tanto dinero estuvo en su casa la señora pensó que estaba acabando de vender su ganado. El siguió haciendo viajes hasta que un día su esposa lo demandó ante el juez inculpándolo que él estaba vendiendo su res.

En eso le mandaron preso. La señorita llegaba en la noche a darle el consuelo y dinero dándole el valor que no avise hasta llegar a Lima.

Cuando él llegó a Lima, recién declaró en el juzgado la fortuna que había encontrado y para comprobar dicha fortuna él pedía una banda de músicos y todos aquellos que querían traerse un poco de plata le acompañaran al grupo de músicos.

Los músicos y muchos emprendieron el viaje a Koillkoccha, que queda en la dirección del río Palcamayo. Encabezaba el grupo de Lima a Koillkoccha Morales.

A la mitad del camino se le apareció la señorita y le dice que él no iba a quedar juntamente con los músicos y que iba a regresar a su casa para ser enterrado.

Llegando al lugar, le dice a la señorita que le abriera la puerta. La gente pasaron entusiasmados al ver las paredes de oro y plata.

Morales salió afuera con la señorita diciendo que ya había cumplido su promesa.

Le dice a la señorita: "qué es lo que voy hacer con la llama?". La señorita le contesta que la llama se iba a convertir en piedra o bronce.

Justo era cuando Morales regresó a su casa llegó con un derramamiento de sangre y en eso le dice a su señora: "reciona tu llama ya se va" y ella va corriendo y la hizo regresar.

Por segunda vez le vuelven a llamar a dicha señora. Va, la alcanza al costado de la cruz. Agarra una piedra la señora, le pega una pedrada, se quiebra la mano, y se convierte en bronce la llama.

Al momento en que fue transformada en bronce Eusebio Morales murió.

CUENTO N° 2

EL ENCANTO DE KOLKOCCHA

Un señor casado pobrecito, con una mujer rica, con mucho ganado y fue a buscar toro barredor. Salió a Parac peña donde había agua. Señorita lavando ropa, dos lavatorios, oro y plata, un encanto. Esposa para en su talega dentro, había echado cáscara de papa en su taleguita. Poquitita cancha. Lloró. Cuando no aplacaba necesidad de hambre.

"Señorita estás lavando ropa? Siéntate señorita un momentito".

Sin contar ella sabía que él buscaba toro barroso. Acabó lavar ropa, bajó, bajó, un caminito ...abrió una puerta, había tienda puro oro y plata.

Permaneció una semana. Señor le dijo, vaya usted al pueblo. Vas a dormir sólo un lado, no vas a mirar para la señora, sino te va a ir mal.

Señora te va a tener preso. Yo te voy a mantener. Te va a llevar a Lima tus alimentos, y en Lima vas a declarar como es la cosa. La señorita junto con él en Lima declaró "no he vendi-

do su vaca". En Pante una señorita me ha llevado una tienda de oro y plata".

Gente de Lima se preparó. vinieron con caballo con su banda.

Toditos entraron cerro, quedó peña y paja. Ese dio cuenta en Lima, hay encanto.

Kolcocha

Botija por la boca chiquitito, salía agua bien clarita, parecido blanquito.

CUENTO N° 3

EL ENCANTO DE CORCOPA

En Tinyahuarco una señora estaba buscando vaca. Safa y se presentó una acequia con agua bien clara "De dónde habrá aparecido esta acequia?". Se asoma para aquí, para allá y ve una ropa bien limpiecita como la de la Virgen.

Se lava su cabeza y al ratito la cabeza le pesaba. La plata había cuajado. Se jaló la plata y se cayó la plata.

Llegó al pueblo con gotera de sangre y se murió. Contaba. Mi mamá contó cuando se encuentra algo se deja un algo, un pañuelo, un sombrero.

Mi papá, Gregorio Remigio encontró hueco y echaba piedra y bajaba sonando tan, tan, tan.

CUENTO N° 4

PAMPA SHIPSHICAN

De la vaquería salió Gregorio Remigio hacia sitio Mulá-Corral estaba durmiendo y se despertó.

Vio que venía un caballo blanco, con todo prisa, bien cansado, pura, pura plata el jinete.

Su cachucha (sombbrero) blanco de plata, grande. Grande cachucha parada de arriba.

Se tapó la cara "ahora me pisarán", tapó la cara. Si hubiese botado su sombrero o pañuelo, se hubiese parado y hubiese vuelto plata.

CUENTO N° 5

PACCHA

Mi mamita vino tarde de Huaroy. Dijo mejor me voy por arriba bastante ropa tendida. Bien bonita ropa tendida y un lavatorio de plata.

Mi mamita se pasó con miedo muy grande, al costado de la Paccha, peña por donde venía el agua.

Mi mamita con miedo se pasó sólo de golpe.

CUENTO N° 6

EL ENCANTO DE SHIPSHICAN

Mama Gabicha estaba de vaquera, junto con otras mujeres en Shipshicán.

En una noche de luna dormían todas tranquilas cuando en eso de la noche mamá Gabicha, entre sueños escucha el sonido de las campanas que venían, colgados en el pescuezo de llama.

Como siempre llegaban los pastores de la puna de Huayllay trayendo ollas de barro y otras veces frazadas y mantas para hacer cambio con maíz de cancha, ella pensó que justamente venían los paisanos para hacer cambio.

Ella no pasó la voz a los demás, pensando apoderarse ella de lo mejor que traían las llamas primero.

Como el sonido de las campanas iba acercándose donde estaba la vaquería ella sola sale al encuentro. Cuando ella acercaba a una de las llamas vio que todo era amarillo brillante. Era el oro. Entonces recibe una patada de una llama. Al recibir la patada ella se cae al suelo media privada, tan pronto recuperó el conocimiento, corrió a avisar a las demás vaqueras.

Cuando todos levantaron, fueron a ver y no había ni rastro de las llamas.

Corriendo más abajo para escuchar el sonido de las campanitas y todo se había perdido, no se escuchaba absolutamente nada.

Comentando ellas que era un encanto. Era el eco de las minas de Kulkoccha y esas llamas iban a tomar agua en las acequias de Cotanga cerca de Mataka.

CUENTO N° 7

CARRAQUE

Esa mina de Kolkoccha, el pueblo sacaba esa mina, salía como piedra.

A esa mina cuando era montonado en el pueblo en casa del presidente, del Síndico.

Lo mandaron a Lima para observar para fundir.

Ya llegó conocimiento del Gobierno que había mina y quería fundir la plata.

Entonces dijeron dónde está la mina en Pampas, en Kolkoccha.

Ya fueron cargando la plata en acémilas y en burros para fundir la plata.

Ya una vez que llegó por allá, ya tomó parte el Gobierno. Entonces ya regresó de allá descontento el Presidente y viene la fuerza del Gobierno para ver donde está la mina para que observen.

El Presidente llegó y convocó a reunión. Los comuneros dijeron vamos a tratar de ocultar la boca de la mina.

La comunidad fueron a esconder la boca de la mina. Lo taparon, lo escondieron.

Una vez llegó la Fuerza que mandaron el Gobierno, le mintieron a ellos dijeron:

Ya no se dieron con la mina, se ha perdido la mina, ha sido un encanto, se ha vuelto peña.

1a. VARIANTE DEL CUENTO N° 1

(J. Osterling, 1980, p. 201)
San Agustín de Páriac

LA CAPOSA DEL MONTE MANGO

Juan Morales era vecino de Pampas y su esposa era de familia de ganaderos. A este señor tanto su esposa como sus suegros lo trataban muy mal.

Un buen día los suegros de Juan echaron de menos un torito color barroso y lo mandaron a buscarlo. Su esposa le preparó un "ranchito" —fiambre para el viaje— consistente sólo en un poquito de cancha y escoria de queso. Nada más.

Juan emprendió el viaje y al llegar a un lugar denominado Kolkioschka —muy cerca al monte Mango— se sentó a comer junto a la aguada. Al comenzar a comer su “ranchito” se puso a llorar pensando lo mal que lo trataban tanto su esposa como sus suegros y el escaso fiambre que le habían preparado. En eso sintió rugir un buey. Tomó su agua y se fue rápidamente en búsqueda del animal.

El animal que Juan Morales buscaba era un buey pequeño, color barroso, y Juan corrió en búsqueda de él guiado por los mugidos que oía. Es en esas circunstancias que aparece una Caposa, en la forma de una mujer elegantemente vestida.

La Caposa le preguntó a Juan qué era lo que él buscaba. Juan le contestó que a un torito. Ella le informó que sabía dónde estaba el torito y le ofreció acompañarlo en su búsqueda. Ambos emprendieron la marcha pero en el camino se le empañaron los ojos a Juan y, al reaccionar . . . se encontró ya no en la puna sino en un palacio donde todos los utensilios eran de plata. Ambos, Juan y la Caposa, vivieron juntos en el palacio por espacio de ocho días.

Al octavo día la Caposa le indicó a Juan dónde estaba el toro pero le aconsejó que mejor regresase directamente a su casa sin el animal. Para su viaje, la Caposa le preparó una talega con su fiambre y le dijo que al llegar a su casa no le cuente a nadie lo que había sucedido —esto es, su estadía en el Palacio— ni tampoco que se acueste con su esposa. Antes de que Juan se despidiese de la Caposa, se pusieron de acuerdo para volverse a encontrar dentro de ocho días.

Juan Morales siguió el consejo de la Caposa y se fue directamente a su casa. Cuando llegó, abrió delante de su esposa la talega donde pensaba que tenía fiambre y ambos se extrañaron al encontrar monedas de plata en lugar de un fiambre. La esposa de Juan se sorprendió enormemente al ver tantas monedas de plata y se sorprendió más cuando descubrió que Juan ya no quería tener relaciones con ella.

Al octavo día, tal como se habían puesto de acuerdo, Juan regresó donde la Caposa y estuvo viviendo con ella por unos cuantos días. Pasados estos, la Caposa nuevamente le preparó un fiambre para su retorno y le aconsejó nuevamente no tener relaciones con su esposa.

De regreso a casa, Juan nuevamente vacea la talega y otra vez la encuentra repleta de monedas de plata. Su esposa empieza a sospechar de la procedencia de esas monedas y también está sorprendida del desinterés de su marido hacia ella. Ella lo comenta con sus padres y todos los familiares, tanto de Juan Morales como de su esposa, comienzan a preguntarse de dónde traía tantas monedas de plata. Como Juan se niega a responder a todas las preguntas, deciden apresarlos.

Preso, Juan es conducido donde el Sub-Prefecto y ante su Despachó confesó el origen de las monedas. Las autoridades, deseosas de conocer el palacio, fueron juntos con Juan al lugar descrito por él. Ahí encontraron a la Señorita y ella los invitó a pasar al palacio. Todos, tanto el Sub-Prefecto como los gendarmes, pasaron y... desde ese momento, quedaron apresados ahí sin poder salir.

En vista de esto, las autoridades de Lima se enteraron del suceso y enviaron un regimiento completo de caballería que incluía una banda de músicos, para rescatar al Sub-Prefecto. Al llegar al lugar, la Caposa se presentó ante el regimiento y les mostró tanto al Sub-Prefecto como a sus gendarmes, invitándolos también a pasar al palacio. Desde ese momento todos —Sub-Prefecto, gendarmes, regimiento de caballería y banda de músicos— se quedaron encerrados para siempre.

En esa la razón por la cual todos los días, a las doce de la noche, se escucha a los músicos tocar sus instrumentos en las inmediaciones de la laguna de Kolkioschka.

1b. VARIANTE DEL CUENTO N° 2

(J. Osterling, 1980, p. 203)

San Agustín de Páriac

EL ENCANTO DE MANGO

Juan Morales, vecino de Pampas, estaba casado. A este señor su suegro lo trataba muy mal por tener bastante ganado vacuno.

Un buen día, no se sabe en qué tiempo sería, sus suegros al echar de menos unos animalitos, lo envían a que los busque llevando como provisión sólo escoria de queso y un poco de cancha.

Llegado al sitio de Culcococho —otro puquial— se sentó a comer su ranchito y ahí estaba una Caposa. Juan Morales lloraba al pensar cómo su suegra lo trataba tan mal.

Al ver que sus alimentos eran disminuídos, insuficientes, siguió llorando y en eso oyó rugir un buey. Tomando su aguita se fue en búsqueda del buey que muoía.

¡Pobrecito Juan! No veía al buey pues el animalito había sido diminuto, chiquito, un buey de color barroso. . . torcía las ramas de las piriullas. El torito siguió camino y el señor que quería chaparlo creyendo que era una cuñapa!

Cuando en eso se le presentó una señorita, una Caposa, bien arreglada, adornada, y le dijo: “¿por qué lloras don Juan Morales? ¿qué te pasa? tus animales están más arribita, ¿qué quieres? . . . si tus padres políticos y tu mujer no te tienen cariño o gratitud, vente conmigo”.

El torito se había vuelto señorita. Ya no había torito, éste se convirtió en señorita y esta señorita le dijo a Juan Morales que mejor se quedara con ella. Conversando con la señorita, por casualidad se le empañaron los ojos y . . . al volver a ver, se encontró en un palacio donde había grandes cosas. Estando en el palacio, se perdió como ocho días. Ahí la señorita le preguntó qué era lo que deseaba y le regaló muchos utensilios y objetos de plata.

Al salir del palacio, la señorita —que era una Caposa— le ordenó que nunca le contara a su mujer ni a ninguna persona dónde había estado y también le dijo que cuantas veces quisiera regresar al sitio, que venga no más. La Caposa le regaló utensilios de pura plata.

Al llegar a su casa, la esposa de Juan Morales, su maldita esposa, sospecha y divulga que Juan había traído cosas de plata pero. . . ¿de dónde? ¿robando? Además, en la última de las remesas que la Caposa le regaló a Juan, había una llamita que comía alfileres y defecaba cuartillos de plata. Esa fue la causa

de la divulgación. La esposa de Juan comenzó a preguntarle a su esposo, ¿de dónde traes tanto? ¡pura plata!, ¿robando?... y, como consecuencia de la divulgación de su mujer, llegaron a apresar al pobre Juan.

Como la Caposa le había dicho que no hablara a nadie, Juan fue apresado pero su llamita quedó en la mesa de su casa. Juan fue conducido por las autoridades de Pampas a Lima en una mula aparejada, ya que en esa época no había carretera, todavía. Esto es triste ya que el pobre no declaraba.

Llegó a Lima y ahí sí declaró. Por eso lo devolvieron a Pampas con un piquete, con un escuadrón de caballería, para constatar la veracidad de las cosas. Si lo que él decía era cierto o no. El escuadrón vino a Pampas con Juan Morales, rumbo al cerro Mango, al mismo sitio donde él había recibido las prendas de la Caposa.

La Señorita, la Caposa, al ver a don Juan se presentó nuevamente y le invitó a pasar: "pase don Juan"... también invitó a pasar a su palacio toditos. Entrando, cerró la puerta del palacio a toditos. Entrando, cerró la puerta del palacio y hasta hoy, no se ve a nadie.

Esto es verdad.

4a-5a. VARIANTES DE LOS CUENTOS 4-5

(J. Osterling, 1980, pp. 204-205)

San Agustín de Páriac

LA CAPOSA DE LA LAGUNA DE ROCROCOCHA

En Rocrococha, al pie del cerro de Mango, existen dos fuentes de agua, dos lagunitas, donde los antiguos afirmaban que allí se presentaban las Caposas para lavar sus pertenencias. Una de las lagunitas es grande y la otra es mediana.

4-5b. LA CAPOSA DE LA LAGUNA AZULCÓCHA

Encima de la laguna de Azulcocha hay un puquialcito donde se encuentran dos bateas —dos fuentes de piedra— donde las Caposas lavaban. Una batea es grande y la otra es mediana. Piedras tan grandes nunca se encuentran por esas alturas. Ahí lavan las Caposas. Todas sus ropas son blancas.

CUENTO N° 8

LA PIEDRA VIUDA

Camino a La Florida hay una piedra en toda cueva que se llama piedra viuda, y quien se sienta en ella se queda viuda o viudo.

CUENTO N° 9

MAMA PILANCHA

Mamá Pilancha de aquí fue a regar su agua a Pocpo.

Al llegar a regar encontró un pozo con bastante señorito, borrego, sombrero bonito. Se salió de corrida de quebrada hasta Tamoc.

Al llegar al pueblo, llegó a su casa mal.
Desde ahí ya no levantó cabeza. Seguro le dio encanto.

CUENTO N° 10

LA POLLERA VERDE

En el camino subiendo de La Florida a Pampas, hay un sitio que se llama Huashnishón.

Como a unos treinta metros de distancia subiendo a Pampas hay un peñón grande que aparece ser de una puerta de una casa. A ese sitio se le conoce con el nombre de encanto de Pollera Verde.

La creencia dice que la cueva de Huayopay, colindante con Mango, está unida con la cueva de la Pollera Verde.

Pero se dice que en tiempo de los antiguos se presentó una señorita vestida de verde para encantar a cualquier transeúnte.

CUENTO N° 11

NAPUCHO

En esos tiempos que abundaban bastante chunchos había una viejita, una pastora que vivía en el campo con su ganado.

De un momento a otro se le presentó un chuncho. La viejita que era pastora, tenía cinco perros.

El chuncho le dice a la viejita:

“Ya llegó el momento en que usted debe caminar al otro mundo”.

En eso le dice la viejita:

Muy bien, déjame cantar por última vez”.

En eso principia a cantar a bailar subiendo a una piedra y canta y baila hasta por último llora. En su idioma habla a sus perros: “Lámele, lámele, Napucho” (su perro se llamaba Napoleón); los perros tan luego se fueron encima del chuncho y le hicieron pezados.

CUENTO N° 12

LOS CHUNCHOS

Ese tiempo andaban los chunchos para sacar la grasa de la gente con orden del Gobierno. Mataban a la gente para sacar la grasa para las obras de campanas.

Encuentran en una pascanita en Callacancha, con una parvadita de gente, los turnantes, que estaban comiendo la cena.

Entonces cuando llegaba el agua para regar de noche ellos salieron. Cuando regresaron de regar encontraron a dos chunchos agachados calentándose las manos en el fogón.

Entonces los turnantes se pasaron la voz unos a otros y se vinieron de frente para Pampas dejando el turno por el camino chico por Otra Banda.

El chuncho viendo que no apareció se vinieron para arriba para alcanzarle a ellos.

En Puccha por pasar la peñita con zapato, es resbalozo, se resbaló y se rompió una pierna. Ahí pasaba la voz diciendo. "Marica, marica venga cura mi pierna no te voy hacer nada".

Ellos ya no regresaron. Los chunchos se quedaron ahí hasta que amaneció. Los turnantes dieron cuentas acá y al día siguiente bajaron la gente y lo mataron ahí.

CUENTO N° 13

TAITA ESTEBAN

Hay un sitio que se llama Lurifundo, al pie de La Florida.

Ese señor Esteban ha ido a sacar una toma nueva. El sitio era todo rocoso, es peña hasta la fecha.

Entonces el hombre estaba sacando una toma, recostando sobre la peña con unas piedrecitas para ir sacando el agua.

Entonces el hombre ya de cansado, a eso de las tres de la tarde, se hizo su armadita con la coca y tenía su poco de trago corto.

En eso se le presenta el compadre. Total que le ha invitado la armada y le dice: "Compadre, viendo que estás solo he venido a acompañarlo en el trabajo".

El compadre le agradece la visita. Un poquito se tomaron su trago y en eso se fija el señor Esteban, que el compadre no era natural, era espíritu malo. Y se fija las patas eran de buitre.

Entonces el compadre trató de hacer el trabajo. Le dijo vamos a trabajar un poco, y dice compadre aquí está la lampa y la barreta, como era peña.

El compadre ha agarrado la lampa y comenzó a trabajar la peña como si fuera champa. Encajonando la acequia como si fuera tierra.

Al ver eso el compadre le impresionó, disimuló para quitarse diciéndole "voy a traer los gastitos y más la chicha".

Se vino al pueblo y ya no regreso porque se había impresionado. Ahí está la huella en la peña.

CUENTO N° 14

ESTEBAN PADILLA

Antes había un tal Esteban Padilla, tenía un chiquito y cargaba su hijo.

Entonces el chico lo hizo dormir encima del trabajo de Lurifundo.*

Cuando está así trabajando tenía su chichita, su valor, su coca, guardado en la sombra junto al muchacho.

Cuando está trabajando llega un compadre espiritual que tenía de sus hijos.

Después en esto compadre, buenos días compadre. Te acompaño a trabajar, para ayudarte a sacar la acequia.

Ya siguió trabajando y ya vio que el compadre le barreaba y aventaba la piedra.

En esto se fijó que tenía pata de buitre, ya vio, ya malició.

Como la piedra obedece. "Sigue trabajando, voy a hacer la coquita".

Llegó, cargó al muchacho y se escapó por Jirca derecho al Pumacán.

CUENTO N° 15

EL CONDENADO DE ANDAHUASI

Una señora se le murió su esposo y lloraba bastante por la pérdida del esposo.

Una noche se le presentó el esposo diciéndole "buenas noches" "tengo hambre bastante" y le buscó que servir la comida la señora. Le sirvió mazamorra y vio que todo estaba en el suelo.

En eso le dice el condenado que quiero agua y entonces la señora buscó su vasija para darle agua y no tenía ninguna gota de agua y tan luego le dice el condenado a la señora "seguro vas a tener miedo, ándate, tómate este bordón, que te acompañe mi bordón".

En eso el bordón le dice a la señora: "señora, preferible es que me dejes amarrado en un monte de éstos porque el quien te habla es un condenado, de tu marido y cuando te vuelvas ya tus hijos lo están comiendo y si tú vas también te va a comer". Por eso es preferible que te vayas a Pumacán.

La señora se dio a la fuga al escuchar esta noticia y llegando a un lugar denominado Cachitacay encontró con dos arrieros que estaban descansando.

En eso le principió a contar lo que había ocurrido. El condenado después de devorar a lo chicos, al ver que no llegaba la señora principió a gritar y los arrieros lo escuchaban.

“Bordón, bordón, adónde estás?” y el bordón le contesta y le dice: “Estoy amarrado en un tronco”.

Tan luego se hizo un sacrificio el bordón de largarse de lo que estaba amarrado. Se fue donde el condenado y el condenado principió a rastrear a la señora y el rastro iba con dirección a Pumacán.

Se sale embalado y choca con los dos arrieros. Para esto la señora ya le había contado minuciosamente las cosas que había ocurrido y se presentó el condenado.

Los arrieros montaron su mulo, le agarraron a pencasos el condenado.

La señora estaba todo bien envuelta por los arrieros por sus cosas que tenían. Y, por fin, de tanto sacrificio encontraron vencerlo al condenado. Lo mataron. Haciéndole amanecer vieron que era un buitre. Lo único que hicieron los arrieros, de quemarlo.

CUENTO N° 16

PANCHO SANTOS

El viejo Pancho era de Pampas y había tomado un contrato para arreglar un terreno y ramar la alfalfa en Armayoc.

Entonces un día pidió un adelanto a su patrón para ir a Acos a traer lo necesario para su casa como sería su coquita, trago, cigarritos y víveres.

En eso el viejo se ha regresado de Acos a Armayoc y ahí ha trabajado hasta las siete de la noche, ya oscurecido.

Subiendo de Armayoc con dirección a Imparca rumbo a La Florida después de haber tomado sus traguitos.

Antes de safar a Imparca se le presenta un amigo a quererlo botar al desvío, a la quebrada. El ha hecho bastante lucha se ha agarrado de los montes quedando todito verde la mano.

No pudo vencerle al diablo. Lo hizo volar una altura más o menos de cien metros y llegando abajo muerto. Al muerto lo han encontrado al día siguiente todavía. Lo único que encontraron despelado todo el cuero cabelludo sin ninguna gota de sangre.

Para esto su señora se encontraba en Pumacán. Se valió de un familiar para ir a llamarlo y llegando al lugar de Imparca-Canta, le pasaron la voz: "Tío Pancho, Tío Pancho". No contestaba nadie. Principió a bajar el personal (un pariente), y se dio cuenta que le podía ocurrir un caso, porque sintió unos gritos muy desconocidos.

Al día siguiente lo encontraron muerto. Levantaron cadáver y lo enterraron.

CUENTO N° 17

PEPE GARRUCHO EL PENACHE

Benedicto todos los días andaba borracho, yendo al cementerio donde había enterrado a su señora.

A las once o doce de la noche, anda el espíritu en el cementerio y él estaba allá donde había enterrado a su señora. Se echaba borracho encima de la sepultura y lloraba. Todas las noches.

Entre esos días se despertó y escuchó que sonaban huesos, hablaba por la nariz diciendo "está hacho", borracho diría el espíritu.

De ahí el hombre se despertó y ya no fue de miedo.

La última vez fue en un burro montado al cementerio a llorar a su señora. Dejó el burro junto al difunto (sepultura). El viejo estaba llorando cuando comenzaron los espíritus a montar el burro y el burro saltaba, respingaba y botaba al espíritu, al

momento de caer se le caía la cucurocha, y la chancaleta. El diablo se quejaba perdí cucurocha, perdí chancaleta. Al ver eso y estando mariado regresó y no fue nunca más.

CUENTO N° 18

ANDAHUASI

En 1910, 1912 por ahí, era un camino que se va de Pampas a Lima por el sitio que se llama Andahuasi.

Entonces, como ese camino era transitable de los pueblos de Carac, Coto, Canchapilca, Lampián se vino la tarde y todos los viajeros se quedaron como en una pascana en el lugar de Andahuasi y amarraron a sus animales en distintos árboles para que amanezcan.

A media noche los animales comenzaron a roncar cuando sintió un grito fenomenal en la esquina de un ánima que se le dice condenado.

Los viajeros se armaron de sus estribos, sogas, palos para poder pelear. El diablo se presentó y comenzaron la lucha con los viajeros. Por fin los viajeros tuvieron la suerte de triunfar con los estribos. Permanecieron en el mismo sitio hasta el amanecer y siguieron su viaje a Lima.

CUENTO N° 19

EL CUENTO DEL CUATRO DE MARZO

El cuatro de Marzo (hasta 1977) se celebraba en La Florida la fiesta del cuatro de Marzo. Era una fiesta dedicada al sembrío del maíz.

Como teníamos costumbre de Callacancha —de la Florida más abajo nombraban dos guardianes, dos mayores, a revisar pampas. Cómo se encontraban las alhajas del templo, la campana. Las personas desconocidas, los tomaban presos y bajaban.

Los mayores que vinieron primero al "corral-consejo" de ahí han visto que la iglesia estaba abierta. Siguieron hasta la altura de la pila de Paccha.

Ahí han visto toditos los espíritus que andaban acá en la plaza como en una fiesta. El hombre no se acercó a la iglesia y se corrió y se bajó hacia el maizal del pueblo en Rumacán. Ahí murió.

CUENTO N° 20

EL FERETRO

Una vez en la casa de Pedro Salas, un cohetero —pirotécnico— dijo: "Carajo me dicen que andan el féretro quien va a cargar de noche. Ahora me quieren convencer. Voy a dormir solito para conocer el féretro, cómo anda el espíritu".

Bueno, ya él haciendo su armadita en tiempo de Marzo cuando todos estaban abajo. El se quedó como guapo.

El pagando su almada adentro de la casa, su cigarrito para que amanezca observando.

Cuando de repente, ya legalmente sintió como a media noche venía sonando como que anda el burro - Talla-Talla-Talla. Abrió el balao —puerta de su casa— ya se fijó. Esto es carajo.

La luz azul, media opaca, no arde completo. Ya llegó con toda la compañía de gente. Todos los espíritus a la puerta de su casa.

Tenía como una docena de cohetes para largar para afuera. No había tiros ni revolver en esos tiempos. Comenzó a largar los cohetes, Pan, Pan, de dentro para afuera.

El espíritu se desapareció y el féretro estaba ahí. El dejaba de disparar cohetes y se aparecían nuevamente los espíritus y cada que querían llegar largaba otro cohete.

Así hizo amanecer el féretro en el patio de la casa.

CUENTO N° 21

CAJON

Cuando va a morir una persona, se oye que se adelanta el espíritu en sonar cajón y corta clarito con el serrucho la tabla: tar, tar, tar. Todo lo prepara. Corta primero la madera, la cepilla, clava.

Después de acabar de oír que lo clava suena el cajón.

Se oye bulla como que conversara la gente.

“Así oí cuando murió el hijo de mi compadre Pedro Cahua”.

CUENTO N° 22

CAPARISHO

Celestino Caro era de Cerro de Pasco, del pueblo de Yanahuanca. El tenía su mina y era huérfano de madre. Tenía su madrastra.

La madrastra diariamente le hacía moler un batán de ají. En la mina se consume mucho ají. La madrastra no le daba de comer cuando estaba solo.

Ya fue creciendo, llegó a ser un joven y cuando estaba moliendo el ají se amargó Celestino con la madrastra. Agarró el moledor y le tiró una pedrada a la madrastra.

El papá de Celestino quiso matarlo pero su abuelita lo escondió entre los parientes. . . . A eso de altas horas de la noche en luna, la abuelita lo sacó para que escapara del pueblo. Se aventuró, vivió así por los pueblos.

Llegó el tiempo de leva, no tenía documento y lo levaron. Era el tiempo de la guerra con Chile. En esto le tocó pelear con Chile, en San Juan de Miraflores.

Perdida la guerra, desertaron muchos, y Celestino como pudo se aventuró a salvar su vida viviendo por los cerros.

Llegó pasar unas ruinas como un pueblo y ahí se quedó el viejito cansado. Llevaba su coquita, su cigarrito.

En esto el viejito ha llegado, había un montón de calaveras. Ha invitado su armada a los huesos:

“Abuelito, acá no más me quedaré. No me hagas nada”.
Celestino no quedaba con sueño por el frío y así llegó un bulto a la puerta.

El espíritu pregunta:

“Mama Garrapa, con quién estás?”

Como Celestino sabía quechua entendía el idioma.

Mama Garrapa le contesta en su lengua:

“Estoy con mis huéspedes, no le hagas nada”.

El espíritu le contesta:

“Caparisho, Caparisho” y Mama Garrapa le contestó:

“No le hagas nada ya me dio mi coca”

Celestino al amanecer dio coca otra vez a la abuelita y emprendió su viaje.

11a. VARIANTE DEL CUENTO N° 11

(S. Quijada Jara, 1958, p. 103)
Humantanga-Canta

Ha mucho tiempo... por el distrito de Huamantanga existía una cueva llamada Ocrocaca, por Canta. Allí se podía aún ver un enorme gancho de hierro. Era nada menos que para colgar la grasa y cebo de las gentes. Esa grasa servía para engrasar el molino de Yanachacra.

Cierta vez una mujer campesina vivía sola en una estancia, donde tenía buena cantidad de carneros y ovejas. Pero también criaba dos perros lanudos, muy bravos y malos llamados “Tanitán” y “Uruncusha”. Un día los pistacos al verla sola y un tanto distante de su estancia, la agarraron para matarla. La mujer les suplicó que le concedieran una gracia antes de morir y les dijo: “Déjenme cantar fuerte y bailar y después moriré con gusto”. Le concedieron esa gracia y la mujer comenzó a cantar: tanataaa, uruncuchaaa, tanataaa, uruncuchaaa, los perros se presentaron a toda carrera y abalanzándose contra los pishtacos los devoraron, y salvaron así a la mujer.

12a. VARIANTE DEL CUENTO N° 12

(J. Osterling, 1980, p. 220)
San Agustín de Páriac

PISHTACU MACHAY

Con el nombre de Pishtacu Machay se conoce a dos grandes cuevas con huellas de fogata y de humo, una ubicada en las alturas de San Agustín, y la otra en las cercanías de Huayopampa. Dicen que los pishtacus hacían ahí sus fechorías. Cuentan que en cada una de estas cuevas hay un gran clavo que está incrustado en el cerro. En ese clavo, dicen, los pishtacus colgaban a sus víctimas. Por eso es que en el interior de las dos cuevas se hallan numerosos huesos.

Los pishtacus aparecieron después del Virreinato, y aprovechaban de la soledad y del silencio de las alturas. En la puna por más que uno grite y pida auxilio, no hay quien lo oiga a uno y quien acuda a defenderlo. En esos tiempos se andaba mucho por estas alturas. La gente, desde Huaroquín y hasta Pacaros, bajaban a San Agustín para hacer sus compras de maíz, habas, trigo y papas. Los Agustinos también hacían muchos viajes, unas veces al maizal de Huayopampa, otras a los pueblos vecinos y hasta incluso a la costa. Era esa oportunidad de los viajes, esa soledad de los viajes, la que aprovechaban los pishtacus.

Los pishtacus esperaban a los viajeros que transitaban por los caminos de las alturas, los amarraban y los llevaban a esas grandes cuevas que ahora llamamos Pishtacu Machay. Ahí, en esas cuevas, degollaban a los viajeros y los tostaban como chicharrón para sacarles su grasa y luego bajar a la costa para venderla a las fundiciones que hacían campanas.

Los pishtacus preferían a las mujeres gordas porque a ellas les podían sacar más grasa.

Este trabajo de los pishtacus se debía a que las fundiciones de la costa necesitaban grasa humana para producir campanas de mejor timbre.

13-14a. VARIANTE DE LOS CUENTOS N° 13-14

(A. Arteaga León, 1976, p. 22)
Pampas

LURINFUNDO

Lurinfundo palabra compuesta del quechua Lurin que significa Bajo y del castellano Fundo o finca rústica, son tierras bajas de cultivo, escondido en una encañada profunda de la quebrada de Chacur y al Oeste de la antigua población de Pumacán hoy La Florida.

Don Esteban Padilla un activo y emprendedor comunero de Pampas quiso aprovechar las tierras eriazas de Lurinfundo que se perdían así porque nadie se atrevía a sacar la acequia que debía llevar el agua para irrigarla. Y es que el canal debía salvar precipicios y rocas que parecían insuperables. Sin embargo Don Esteban acometió la obra como empeño y tenazmente, avanzando muy corto trecho al cabo de muchos días de esforzada labor. Pero un buen día se presentó su compadre Emiterio y le dijo:

—Compadre: Buenos días. ¿Y como va el trabajo?

—Aquí compadre haciendo lo que se puede; pero el trabajo está recio.

En fin todo lo que es tierra no hay cuidado, pero lo que es la peña no sé cómo me los voy a ver.

—Sí compadre, esto está difícil, sobre todo la peña. Bueno compadre hoy te ayudaré. Anda traiga la coca y los gastos no más.

Gracias compadre y si es por los gastos voy ahora mismos. Y subió rápidamente a La Florida encontrando a su esposa Doña Marta Pariona que todavía no preparaba el almuerzo. Le contó la visita del compadre Emiterio y como se había prestado voluntariamente a trabajar y que le había dejado en plena obra para llevar los gastos.

—¿Qué estás hablando cristiano?, si el compadre acaba de pasar por acá y todavía he hablado con él.

—No puede ser, yo le he dejado trabajando en Lurinfundo.

—Para convencernos vamos a verlo a su casa.

Efectivamente, el compadre Emiterio descansaba tranquilamente en su casa, manifestando que no había salido esa mañana de la población.

Convinieron entonces con Doña Marta que fuera a ver qué hacía el sujeto que se había quedado trabajando en Lurinfundo. Al divisar ella desde Emparca vió que una larga hilera de trabajadores construían la acequia empujando pedrones que iban a rebotar en el fondo del riachuelo y levantando una gran polvareda en el lugar. Todo aparecía como una gran comunidad en plena faena.

Doña Marta agarrando valor gritó: Don Esteban...a...an!

Instantáneamente cesó el tremendo ruido, desaparecieron los trabajadores y se disipó el polvo del trabajo. Pero quedó el canal construido salvando el precipio y cortando el peñasco, del cual se aprovechó Don Esteban, tranquilamente para irrigar su fundito hasta la actualidad.

La conseja lo atribuye como la acequia ayudado por el diablo.

15a. VARIANTE DEL CUENTO N° 15

(A. Arteaga León, 1976, p. 8)

Chaupis

CORDON...

En la empinada cumbre de CUCARPACRA, un espolón de las estribaciones de los Andes Occidentales, y sentada sobre un roquedal, ha zolozado lastimosamente doña Asíscula por el esposo ausente a quien la montonera lo enroló a viva fuerza a su paso por el pueblo de Chaupis. Ya los últimos rayos del sol poniente teñía de violeta la jalca y ella debía volver con las ovejas a la estancia donde lo esperaban anhelantes sus dos hijitos que

cuidaban los corderos rezagados en el redil. Pero al divisar a la encañada advierte que el llorado esposo subía animosamente por la cuesta de Quihuay. Presurosa pues regresa a la choza a preparar la frugal comida de la tarde porque su marido vendría seguramente hambriento y cansado.

Entre tanto la noche había invadido en la breña y así entre obscuro y claro llegaba el esposo con uniforme de soldado, jadeante por la fatiga del camino; pero causando la natural satisfacción y alegría de esta humilde familia de pastores. Seguidamente pidió algo para comer y cuando la esposa intentó hacer lumbre atizando la brasa del fogón se opuso diciéndole: "no soples la candela por que me hace daño a los ojos". Y entre coloquios y recuerdos sirvió la mazamorra y las papas sancochadas que los niños comieron con avidez, hasta que un vientecillo de la puna al avivar el brasero dejó entrever que las papas que comía el esposo estaban amontonadas junto a sus pies y la mazamorra se le había chorreado por el pecho. Al terminar la merienda pidió agua, porque dijo que tenía mucha sed.

—Ahura pues no hay niun agua— alegó ella.

—Vaya a traer— ordenó el otro.

— Me da miedo tayta —implora la mujer.

—Vaya con mi cordón —dice— entregándole una prenda que a manera de correa llevaba en la cintura. Para recoger el agua en el manantial vecino de Huayllau, ella debía voltear un recodo de la lomada; pero en el trayecto el cordón le habla y le dice: "Señora, el que ha llegado a tu estancia no es tu esposo, ese es el diablo, y, en este momento está comiéndose a tus hijitos. Amárrame a esta taya y vete a Mutall donde encontrarás unos arrieros que te protegerán". En ese entonces se traficaba entre Lima y Cerro de Pasco por la vía de Chaupis y las alturas de Mango, siendo Mutall una de las tantas pascanas obligadas.

Inquieto por la demora de la mujer, el demonio fue a buscarla en Huayllau donde truena: ¡Cordón!... ¡Cordón!... ¡Dónde estás? Este mañosamente contesta a las últimas llamadas todavía.— "Aquí estoy amarrado".

—¿Dónde está la mujer, inquiere—

—Se ha escapado hacia abajo— contesta.

El demonio sigue las huellas de la fugitiva, quien felizmente había logrado alcanzar a los arrieros, los mismos que al enterarse del caso, la escondieron cubriéndole con los arneses de la cabalgadura. Poco después llegaba el demonio averiguando:

—¿No ha llegado una mujer para acá?— Sí ha llegado, pero ha pasado a Chaupis— contestaron los arrieros.

El demonio sigue veloz la persecución, pero regresa rápidamente al darse cuenta que las huellas no siguen adelante e increpó furiosamente a los arrieros. La mujer no ha pasado de aquí. Entréguenme.

—Aquí no hay ninguna mujer— contestaron los otros.

—Aquí huele a carne humana —dijo señalando al bulto del equipaje, trabándose una desesperada lucha en el que los arrieros se batían con piedras, palos y los estribos de las cabalgaduras, prolongándose la contienda hasta la madrugada en que cantó el gallo y el demonio dijo al fin:

—Ahora sí me has ganado— y voló convertido en un cóndor a los desfiladeros de Supipacha. Cuando los chaupisinos fueron a ver a los niños, sólo encontraron un montón de huesecillos en la estancia.

Taya: arbusto de tallo muy ramificado y hojas menudas.

15b. VARIANTE DEL CUENTO N° 15

(J. Osterling, 1980, p. 209)
San Agustín de Páriac

EL CONDENADO DE LA VAQUERIA DE LLAC YAYMAY

Cuentan que un señor que vivía en San Agustín se fue de viaje a Lima. Su esposa estaba en la vaquería de Llac Yaymay con su ganado. El señor, de regreso de Lima —o de ida, no se sabe— el caso es que le dió un cólico y se había quedado muerto. Murió y lo enterraron por ahí en el sitio que llaman Tambo de

Perros, por ahí en el desierto por donde antes se viajaba a Lima en esos tiempos.

La señora tenía tres hijos y llegó a saber que su marido se le había muerto. La pobre no tendría como ir a solicitarle. Ella lloraba, lloraba, por su esposo y estaba sola en las alturas de San Agustín cuidando su ganado en la vaquería de Llac Yaymay.

Pasarían días o semanas seguramente, y la señora continuaba llorando por la pérdida de su esposo. En uno de esos días, en una noche llegó un hombre a la vaquería. La señora seguramente con una luz reconoció que era su marido. Al reconocerlo ella lo recibe como a su esposo, como en un sueño, porque no tenía seguridad ya que ella misma no lo había enterrado. No tenía seguridad de que había muerto. En esos momentos creería que estaba vivo y que había muerto. Como sería, pues.

Se dice que cuando el esposo llegó y la señora lo reconoció con una luz, su esposo le dijo: "vamos a comer, apaga la luz". Entonces, ella apagó la luz y le sirvió lo que tenía de comida, dicen que era un plato de mazamorra.

Cuando terminó de comer, ella encendió la lámpara nuevamente y su esposo le dijo: "tengo sed". Al mismo tiempo ella vió que toda la mazamorra que le había servido a su esposo estaba derramada en su pecho... en fin, qué habría pasado en esos momentos. Su esposo le dijo nuevamente: "tengo sed", y como ella en esos momentos no tenía ni una gota de agua en la casa y ya era de noche, le contestó: "está oscuro, tengo miedo, cómo hacemos, todo está oscuro".

La quebrada donde ella sacaba el agua estaba lejecitos, como unos doscientos metros de la vaquería. El marido le contestó: "anda con mi cordón". Seguramente en esos momentos ella ya se habría dado cuenta que su marido era un condenado. Fue pues la señora a traer el agua con el cordón de la mortaja de su marido y en el camino el cordón le habló a la señora diciéndole:

"...ese no es tu esposo... ese te está engañando. En Puente Viejo hay viajeros. Váyate a Puente Viejo, no le contestes hasta que estés llegando a Puente Viejo".

Entonces, la Señora ahí mismo se agarró del frente del cerro para abajo por donde se iba a Puente Viejo. En esos años los viajeros que iban de San Agustín a Lima tenían que pasar por el primer día por ahí. Ahí paraban para hacer comer a sus avíos y de ahí madrugaban para continuar el viaje, amanecer por Rauma, por Chuccho. Con ese fin, los viajeros pasaban por ahí. Es por eso que el cordón de su esposo le dijo a la señora:

“Ahí hay viajeros, váyate, yo no le voy a contestar hasta que estés llegando abajo a Puente Viejo”.

Mientras todo esto pasaba, el condenado que se había quedado en la casa esperando el agua, comenzó a llamar desesperadamente a su cordón: “cordón, cordón...”; pero el cordón no le contestaba. Volvía a llamar: “cordón... cordón...”; así seguía llamando a su cordón. Los diablos, sin el cordón de su mortaja, dicen que no pueden hacer nada, ya no pueden movilizarse.

La mujer, cómo iría pues, dejando a sus hijos en su casa con su esposo. Ella partió a Puente Viejo en la noche y entre la vaquería y Puente Viejo habrían como tres kilómetros hacia abajo. Cuando la señora estaba por un sitio que se llama Ancayhuay, recién el cordón de la mortaja le respondió al condenado. El cordón le dijo al condenado: “cómo voy a venir estoy amarrado”. Pero, para eso, el cordón le había pedido a la mujer que lo amarrase en una talla que había en el monte.

El condenado, al oír que el cordón estaba amarrado, fue a buscarlo, lo encontró, lo desató, se lo puso, y se fue siguiendo rápidamente a su esposa. Se fue atrás de ella y casi al igual que su señora llegaron abajo.

La señora llegó, pues, desesperada a Puente Viejo. Ahí habían varios viajeros porque en ese tiempo se andaba en grupos. Seguramente al momento de llegar la señora les habría dicho a los viajeros que la estaban engañando y que la protegieran porque inmediatamente, los viajeros escondieron a la señora dentro de los aparejos de sus acémilas. La señora seguramente les diría: “tápenme, tápenme”.

Ahí no más, en esos momentos, llegó el condenado. El condenado luchó con los viajeros y los viajeros se defendían del condenado con sus estribos, que en esos tiempos tenían sus es-

quinas de níquel o de plata. Con eso le daban duro a la cabeza del diablo. Dicen que cada vez que el condenado recibía golpes, salía candela de su cabeza. Así, los viajeros pudieron dominar al condenado.

Al verse derrotado, después se iría el condenado convencido que ya no podía. Dicen que antes de irse el condenado dijo:

“Por qué llora tanto esta mujer... esta mujer es la que me ha condenado”.

Eso fue lo que les dijo el condenado a los viajeros antes de irse.

Al día siguiente, los viajeros acompañaron a la señora a su casa en la vaquería de Llac Yaymay para ver cómo estaban sus hijitos, los hijitos de la vaquera. Ya no había nada. Puro hueso dicen que era. Huesitos, huesitos introducidos en los huequitos de las paredes de la casa. Ahí dicen que el condenado había echado los huesitos de las criaturas. No había nada. El condenado todo se lo había comido... todito.

20a. VARIANTE DEL CUENTO N° 20

(J. Osterling, 1980, p. 214)
San Agustín de Páriac

EL FERETRO

Don Agripino Pastrana (nació 1899), comenta que en una oportunidad cuando él tuvo que subir a San Agustín de Páriac solo —de esto hace muchísimos años— él había oído el cuento del féretro pero no creía en los sucesos. Dice que al momento de acostarse y apagar la luz, sintió el sonido del crujir de un cajón que venía siendo arrastrado lentamente y en la dirección de su casa. El movimiento era lento, pausado y con interrupciones.

Agripino se levantó, miró entre las tablas de su puerta, pero no vio a nadie ni nada. Sin embargo trancó bien su puerta con una barreta y se volvió a acostar. Pero nuevamente co-

menzó el sonido del cajón que estaba siendo arrastrado hasta que llegó a pasar por la puerta de su casa, cambiando nuevamente de rumbo.

Preguntándole a don Agripino —quien aún vive en 1980— su opinión acerca del féretro, él respondió con una anécdota:

“Yo he oído el féretro... cuando pasa es porque muere una persona... al poco tiempo que yo lo oí murió mi compadre Miguel...”.

